

Los regímenes democráticos occidentales son regímenes de expertos bajo la dirección de alocados. Raymond Aron.

Bordaberry y las FF. AA. deciden disolver el Parlamento y la CNT el 27 de junio

En la presente nota, el autor informa sobre el período comprendido entre el pedido de desafuero al senador frentista Enrique Erro, acusado de estar vinculado con los tupamaros, y el autogolpe del 27 de junio dado por el presidente Bordaberry, que significó la disolución del Parlamento entre otras cosas.

Esta serie, escrita originariamente para La

célebre jurista Juan Andrés Ramírez, cuando el presidente Baldomir instauró, por seis meses, una dictadura que normalizó la situación política uruguayo, problematizada desde 1933, en que el presidente Terra había disuelto el Parlamento y abolido el gobierno colegiado, que comprendía parte de la administración ejecutiva. Esas dos situaciones, únicas anomalías institucionales en el siglo XX uruguayo, tenían, sin embargo, una diferencia capital con la actual y que era la ausencia de la fuerza militar como factor de poder político.

El martes 26, de noche, el presidente decide el golpe. Reúne el Consejo de Ministros, pero encuentra oposición. Cuatro ministros y el director de Planeamiento (de igual rango) no comparten el decreto que disuelve el Parlamento. La discusión se hace interminable y demora la resolución. Finalmente, el presidente debe dictar el decreto con su sola firma y la de los ministros de Defensa e Interior. Se instaura una rígida censura de prensa y las radios y estaciones de televisión transmiten en cadena. A las 5 y 20 recién se difunde el decreto disolviendo las Cámaras.

El presidente ha tenido un momento de vacilación, en

Opinión, es distribuida internacionalmente por la agencia Latin y se publica simultáneamente en El Nacional de Caracas y Excelsior de México.

La censura brasileña revocó una disposición que impidió su publicación en O Estado de Sao Paulo, por lo cual ese diario comenzó a editarla el sábado pasado.

Escribe

Julio María Sanguinetti

la madrugada, cuando los ministros opositores a la medida que están reunidos en una pieza de la residencia de Suárez, le piden una nueva reflexión de la cuestión. Pero ya era demasiado tarde para retroceder.

Con las primeras luces, el palacio legislativo, vacío a esa hora, es ocupado militarmente. La última sesión ocurrió en la Cámara de Senadores cuando trascendió ya la decisión del golpe y se hizo una reunión en la que los legisladores estamparon sus históricas constancias.

Los generales Cristi y Alvarez entran conjuntamente al palacio, que había sido previamente rodeado por numerosos carros blindados de asalto y efectivos del 4º de Caballería y 1º de Infantería. Los generales se dirigen al despacho del presidente del Senado. Hacen preguntas a los secretarios, que han sido llamados. Los oficiales recorren las salas, ahora silenciosas, de los dos recintos parlamentarios. Hacen bromas sobre los legisladores que más arreciaron en sus críticas a ellos. Especialmente Ferreira Aldunate. Uno de ellos, un

teniente coronel, se va al armario del senador blanco y se lleva como trofeo de guerra, la tarjeta que lo identifica; otro se sienta en la butaca del mismo legislador y hace chistes sobre que a esa hora ya debía encontrarse en Buenos Aires...

La CNT decreta la huelga general y de inmediato las Fuerzas Armadas comienzan a aplicar el Plan Hércules, nombre militar dado a su viejo plan destinado a enfrentar la huelga revolucionaria. Hay algunas dudas en su ejecución, pues no se confía demasiado en el espíritu de la marina, que se sabe contraria al golpe, desde febrero, y que si bien acata por disciplina, sufre en su interior un tremendo mortificación. Se toman ciertas precauciones pero se comienza a aplicar el plan. Lo primero es asegurar transporte y combustibles. En la refinera de la ANCAP es donde la situación se hace más difícil, pero el personal es militarizado y de a poco se vuelven a hacer andar los mecanismos. Se negocia entre los dirigentes sindicales y el ministro del Interior; la huelga es táctica no revolucionaria. Hasta que las negociaciones se rompen y el gobierno decreta la disolución de la central obrera. Requiere, con fotografías en los diarios, la

captura de todos sus dirigentes.

El círculo se ha cerrado. Se empiezan a clausurar diarios. Primero Acción por un editorial; luego los diarios de la izquierda, por informaciones. Se aprehenden a algunos legisladores por producir volantes contra el régimen. No somos molestados, sin embargo, los dirigentes políticos que hemos tenido más choques públicos con los militares. Ni Vasconcellos, ni Jorge Batlle, ni Ortiz, ni yo. Michellini se ha ido a Buenos Aires; también Ferreira Aldunate. Por supuesto no podemos actuar; nuestros locales políticos son allanados y cerrados; no se nos permite hacer declaraciones radiales o de televisión, digamos lo que digamos.

La huelga, luego de 15 días, declina. Los dirigentes de la disuelta CNT la consideran una etapa exitosa, como creación de conciencia en el pueblo. No es tan así. Cabe reconocer si, un enorme sacrificio y una gran organización en esa respuesta, pero el hecho es que ninguno de los objetivos propuestos se alcanzó. Ni cayó Bordaberry, como se reclamó, ni se ablandó al régimen. Al revés, se le endureció y desde entonces, una sistemática campaña procura divorciar a la masa obrera de los dirigentes, señalándoles que éstos han respondido siempre a consignas políticas y no gremiales. Siendo esto en gran medida cierto, se va mellando el ánimo de la gente y sólo el tiempo dirá si es posible rehacer una fuerza sindical que había llegado a tener un poder y organización como el del Estado mismo.

La tradición uruguayo de civilismo ha caído. No ha nacido un régimen militar, porque el presidente sigue siendo el civil constitucionalmente electo. Pero los uniformes rodean el sillón presidencial y el poder real está detrás, en las bayonetas.

El golpe sobrevino como en frío. En el último año, decenas de veces el clima de tensión política fue mayor y más cerca se vio la posibilidad. Pero ahora, la diferencia estaba en que era el propio presidente quien deseaba llevar la situación a ese punto. No fue conducido por los militares, como se ha dicho en más de un lado; en esta etapa, él mismo los ha guiado hasta allí. Sin dificultades mayores es cierto, porque hace ya rato, como se ve a lo largo de este relato, que ese sentimiento estaba muy desarrollado en las Fuerzas Armadas. Y ese hecho no tenía, en el ámbito político, la respuesta de una mayor unidad entre los partidos, por lo menos los dos tradicionales, sin diferencias insalvables entre sí. Llegaron hasta el final separados y divididos, con enfoques estratégicos y tácticos distintos, con mucho de personalismo en sus líderes. Y las solitarias voces que buscamos —y no me libro de la parte de culpa que me quepa a mí y a mi grupo— otros caminos, no encontraron el adecuado eco. Y así se cerró el palacio de las leyes, otrora un símbolo, sin que muchas lágrimas rodaran.

Próxima nota: El necesario equilibrio.

Copyright La Opinión, 1973

En el principio fue Erro. El presidente Bordaberry replantea el desafuero al legislador frentista, por su vinculación a los grupos tupamaros y a desaparecidos de la escena. El asunto se trata primero en el Senado uruguayo, pero luego va a la Cámara de Diputados, que lo estudia por otro procedimiento constitucional, el del juicio político. El trámite lleva semanas y semanas y va experimentando las alternativas propias de la situación, con el Parlamento a veces respondiendo y a veces enfrentando las coacciones de afuera. La votación en Diputados se empata, una dos, tres, veces. Hasta que al final, el jueves 21 de junio, se rechaza el juicio político. Erro está en Buenos Aires, y la discusión ahora versa sobre si se dictará igual la orden de prisión, pese al pronunciamiento parlamentario. La impresión de que así ocurriría ha presidido todos los debates; nadie ignoraba que la orden estaba dada a las unidades militares y navales y que era muy difícil recoger el hilo de esa cometa, que va volaba demasiado alto.

Se han agregado, en los últimos días, dos asuntos, que seguramente ponen nerviosos a ciertos grupos militares: la muerte de un joven, en el cuartel de Durazno, presumible víctima de torturas; las denuncias, en Paysandú, de los malos tratos a un conjunto de detenidos por la justicia ordinaria en un affaire político-burocrático ocurrido en Paysandú.

El viernes se reúne Bordaberry con los Comandantes. El había promovido el asunto de Erro y ahora promueve la prisión del legislador. La reunión es muy amable, pero los comandantes hábilmente le reclaman un decreto disponiendo esa prisión; quieren, muy obviamente, que Bordaberry asuma la responsabilidad institucional del paso. En la reunión sale a relucir también la situación del senador colorado batllista Vasconcellos y la del Capitán de Navío (retirado) Omar Murdoch, presidente del Directorio del Partido Blanco (o nacionalista).

Se vuelven a reunir el sábado y todo se pasa hasta el lunes. Se hace una reunión amplia, con los comandantes y los jefes de región. El presidente está decidido al cierre del Parlamento. Ha temido adoptar sola y aisladamente, una disposición sobre Erro, que pudiera abrir el camino para un juicio político, de resultado muy posiblemente adverso para él. No se sentía tan firme en su respaldo militar como para arriesgar esa carta, sentimiento éste que ha sido fundamental en la última vuelta de rosca de la cuestión.

En su ánimo, como ya hemos visto anteriormente, estaba resuelto desde mucho antes. Pero la decisión final nació allí. El presidente tenía en su mesa, subrayadas, las "Memorias de Esperanza" de De Gaulle, que había leído atentamente, en busca de inspiración para sus actos. También, los antecedentes del golpe de 1942, el llamado "golpe bueno" en la expresión del